IMPUGNACION AL IMPRESO DEL CIUDADANO MIGUEL POMBO

Ensayo inédito de un escritor realista

Escribe: RAFAEL GOMEZ HOYOS

En 1960, en plena celebración del Sesquicentenario de la Independencia, publicó el académico Guillermo Hernández de Alba, un libro interesantísimo, debido a la pluma erudita y sobria del presbítero doctor José Antonio de Torres y Peña, ardoroso defensor de la monarquía española. Esas *Memorias sobre los orígenes de la Independencia Nacional* constituyen sin duda el alegato más serio y fundamentado escrito por un criollo americano en defensa de una postura intelectual honrada y respetable, aunque del todo equivocada. "Próceres realistas —observa justamente Hernández de Alba— dignos de respeto, cuya actitud y vehemencia hacen más valedera la obra de los próceres republicanos que frente a sí encontraron hombres de pensamiento, definitivamente opuestos a sus ideales". Aunque, como lo anoté en mi obra *La Revolución Granadina de 1810* es indiscutible la superioridad intelectual de los patriotas, así eclesiásticos como civiles. Es evidente que los elementos más valiosos abrazaron la causa nacionalista, y las personalidades más sustantivas ocuparon su sitio dentro de los cuadros directivos de la revolución.

Digno émulo de Torres y Peña, un apasionado partidario de Fernando VII escribió en 1812 una apasionada refutación del libro publicado en 1811 por Miguel de Pombo, una de las obras más extensas y medulares de la época. Contiene este volumen la traducción de las *Actas de Independencia y de Federación* junto con la *Constitución de los Estados Unidos de América,* precedida de un *Discurso preliminar* sobre el sistema y está ilustrado con abundantes y eruditas notas.

Los conocimientos políticos, históricos y geográficos que demuestra Pombo son profundos, y el estilo posee todas las galas del más exaltado romanticismo, así como las ideas rebosan de un optimismo típicamente rusoniano.

Pues bien, este libro mereció del ignorado autor una candente crítica, hecha con sutil ingenio, mordaz ironía y forma regocijada. Toda ella tien-

de a minimizar y ridiculizar el hecho político de la independencia, a burlarse de sus panegiristas, a impugnar briosamente a los miembros de la Junta Suprema de Gobierno.

Hace una cálida defensa del régimen español, de la cultura colonial y de las instituciones patrias, casi en la misma forma como ahora revaluamos todos esos valores, y se burla donosamente de las exaltadas expresiones de Pombo —tan propias de la época— de tiranía, yugo, oscurantismo, cadenas, abismos de servidumbre, embrutecimiento de los criollos, las cuales evidentemente no correspondían a la realidad, pero que servían como armas de propaganda y de combate en la lucha por la autonomía política. Refuta igualmente la tendencia imitativa de sistemas foráneos, la cual brillaba en forma notoria en el trabajo de Pombo, y demuestra que la Constitución de los Estados Unidos no era adaptable a nosotros.

Injustamente acusa a Pombo de absoluta insensibilidad frente al indio, cuando precisamente el prócer y mártir payanés fue uno de los que tuvieron más clara conciencia de la responsabilidad que el nuevo Estado había asumido ante la población indígena. De ahí que presentara ante la Junta Suprema un plan realista de reforma agraria y de distribución de los resguardos indígenas con la constitución de un fondo para distribuír a los indios instrumentos de labor, bueyes, granos y otros auxilios, para la dotación de un cirujano médico en los principales pueblos y de un maestro de primeras letras, porque "sin la educación el hombre es un sér desgraciado, inútil a sí mismo, a la patria y al estado".

Al pintar la triste situación de la patria en los primeros años de autonomía, con negro pesimismo, olvidaba este enemigo de la independencia que la libertad suele comprarse a precio muy caro, que los bienes augurados por Pombo, y de los cuales hacía mofa, habían de llegar en el futuro, y que en esa época fecunda, "en surcos de dolores el bien germina ya".

Antes de transcribir el manuscrito, que es una carta original bellamente caligrafiada, solo queda examinar el posible nombre y calidad del autor. Este desgraciadamente no aparece, porque la carta está interrumpida en su parte final. La letra conocida del Coronel Anselmo Pineda, quien la insertó en uno de los tomos de su archivo, deja leer al final esta frase, que cada uno de nosotros podría rubricar: "Falta lo demás, qué lástima!". Del contexto del ensayo se deduce que el autor era un eclesiástico de grandes luces, conocedor de la literatura de su época. Pero ciertamente no era Torres y Peña, la mejor pluma monarquista y la mejor inteligencia, pues los giros estilísticos denotan una marcada diferencia entre la *Memoria* y la *Impugnación al impreso del ciudadano Pombo*, Torres y Peña es más objetivo y sereno, menos apasionado y sectario que el escritor de marras. Muchas de sus ideas y expresiones tienen más el sabor de un *chapetón* orgulloso y pedante, aunque culto e inteligente, que de un criollo dotado de equilibrio y moderación en el análisis de los fenómenos políticos y sociales de su patria.

En todo caso, acostumbrados como estamos a la visión de un solo lado de la medalla y al examen unilateral de la tesis independentista, es

importante mirar el reverso de la medalla y conocer la antítesis, para formarnos una idea más exacta del ambiente ideológico y de las polémicas que surgieron alrededor del tema central de la libertad política. El ensayo que hoy transcribimos es una contribución muy apreciable al estudio y conocimiento de las dificultades de orden intelectual y moral que hubieron de superar los creadores de la primera República.

He aquí el texto completo:

"Mi amigo, recibí con sumo placer tu carta, y el obsequio que me haces del folleto del ciudadano Miguelito Pombo; al mismo tiempo me encargas te diga mi parecer acerca de dicho papelucho; y aunque no alcanzo a desempeñar un asunto de esa naturaleza, te diré en pocas palabras, que me ha parecido malo, malísimo. Fúndome:

En primer lugar, y antes de acabar la primera hoja, dice: "Los tigres coronados de la Europa, temiendo a los pueblos en razón de los males que les habían hecho, observaban esta magnífica escena en un silencio mezclado de espanto". Y en seguida afirma ese desmemoriado vicharracho: "La Francia contribuyó generosamente con sus ciudades y sus guerreros a sostener la libertad e independencia de la América. La Francia, que gemía en la misma época bajo la opresión del más bárbaro despotismo militar y sacerdotal". Has visto contradicción más clara y vergonzosa? A vuelta de dos renglones, Luis dejó de ser tigre coronado, y se convirtió de repente en un generoso defensor de la libertad del Norte. Y cómo podemos combinar esta generosidad del gabinete francés con el bárbaro despotismo que hacía sentir a su nación? Pero el autor del Discurso nos saca de la duda cuando afirma, que la opresión que abrumaba a la Francia consistía en el soldado, y en el sacerdote.

Qué grandes son, mi amigo, los desvaríos de los hombres cuando su corazón está corrompido! Trata éste de insultar al sacerdocio, de hacerlo odioso, y de presentarlo a los pueblos con el carácter de opresor, y no duda de calumniar al clero de Francia con el mayor descaro. Todo el mundo sabe que este cuerpo respetable no tenía ni la menor influencia en los asuntos políticos de la Francia, y que el Ministerio lo obraba todo con una absoluta independencia. Diga más bien el autor que quiere vomitar todo el veneno de sus opiniones antirreligiosas, y no trate de alucinar a los sencillos, presentándoles al sacerdote, como un objeto odioso.

Sí: Yo hice el concepto, que me merecieron sus opiniones, cuando le he oído llamar *verdades profundas* a los delirios, y a las impiedades de Montesquieu, Rousseau, Mably, Raynal y otros impíos, cuyas obras están justamente prohibidas y anatematizadas. Estas obras son tales que ilustran la Francia.

Pero dejemos a este prosélito de aquellos grandes hombres llenar de elogios a la impiedad y calumniar a los nobles, al clero y a los reyes de Francia desde Clovis; y oigámosle declamar como un frenético contra España. No hay especie de delito que no le impute a esta nación, y sin especificar ninguno, concluye con un tono de magisterio: "Estaba en el orden de los sucesos que la nación que había sido conquista de los cartagineses,

triunfo de los romanos y despojo de los árabes, fuese también presa de los franceses... y la conquista de España por Napoleón ha hecho volar a la América el genio de la libertad y con ella las artes, las ciencias, el comercio y la prosperidad general".

Yo no puedo menos sino reírme al ver la satisfacción y confianza con que estampa el Pombo una consecuencia tan descabellada y ridícula, como es la de inferir que la España porque fue presa de los cartagineses, romanos, etc., lo deba también ser de los franceses. Si esto fuera como lo afirma nuestro estadista, podíamos decir que el que hoy padece una jaqueca, de aquí a diez años tendrá dolor de muelas. No es menos de notar el estudio con que pasa en silencio un hecho que era muy natural haberlo publicado, tal es la influencia directa de la España en la emancipación política del Norte. Pondera los sacrificios y la generosidad de la Francia; llena de elogios a los franceses, y no se acuerda que todos los conatos de esta nación hubieran sido infructuosos, si España con el desinterés y la bizarría propia de su carácter no hubiera defendido con tanto valor a los americanos, para recibir ahora el pago de ingratitud. Pero, amigo, cuando el espíritu de partido, más bien que la buena fe guía la pluma de un escritor, se encuentran con frecuencia de estas silenciosidades odiosas. El objeto del autor es acriminar, ultrajar y deprimir a la más generosa de las naciones. Así, pues, él creyó no deber publicar circunstancia alguna que le hiciese honor, y sí calumniarla del modo más villano y más soez en premio de la Contaduría de Moneda de Santa Fe que se le dio a un no menos desagradecido hermano en perjuicio del mérito.

Y cuál será este genio de la libertad que cargado con las ciencias, con las artes y el comercio ha llegado a nuestras tierras? Yo creo que solo el autor tendrá privilegio de mirar lo que no existe, como Don Quijote los molinos de viento. Quien oyere a este mocozuelo repetir artes, ciencias, comercio, creerá que nuestras ciudades son las rivales de la antigua Atenas, y de aquella Salento que nos describió Tenclón. Parece que este autor se ha propuesto decir todo lo contrario de lo que en realidad es. Si asegurara este badulaque que con lo que llama libertad nos han venido todos los males, que rodeados de peligros y de infortunios no tenemos donde volver los ojos; que el artesano ha abandonado su taller, y su azada el agricultor para correr a asesinar a sus hermanos, en defensa de los caprichos de un mandoncillo extravagante y de unos hombres torpemente desagradecidos y ambiciosos; si dijera que desde el infeliz momento de nuestra impolítica y pueril revolución, nuestros colegios se hallan cerrados, descuidada la educación pública, entronizado el libertinaje y la impiedad, insultada la decencia pública y los pueblos tiranizados con la última inhumanidad; si dijera que en la Nueva Granada en lugar de la dulce e imperiosa voz de libertad e independencia, no se oyen sino el llanto, los gemidos tristes de las viudas, del huérfano, del padre, que luchando con la miseria y la mendiguez, y arrastrando una vida miserable, piden al cielo la venganza contra los injustos autores de sus desgracias, contra el asesino de sus hijos, de sus maridos y de sus padres; si dijera todo esto Pombo, hubiera dicho la verdad, y en lugar de ilusiones y ridículas esperanzas, él hubiera trazado el cuadro lastimoso de nuestras presentes calamidades.

Pero insistiendo el autor en sus desatinos, aún lleva adelante la narración de su agradable sueño: "El filósofo, dice, el hombre justo observan con placer y con ternura este soberbio espectáculo, y ellos creen abrazar de un solo golpe de vista los dos imperios del bien y del mal: las selvas dan lugar a los campos cultivados; las lagunas se desecan, los terrenos se afirman... ciudades nacientes se levantan sobre planos regulares; caminos espaciosos los hacen comunicar entre sí". Y concluye con una suspensión enfática: *el americano libre!!!*

¿Qué juicio quieres que forme de semejantes delirios? ¿Un calenturiento abrazado de la fiebre más horrible podrá disparatar tanto? Mi amigo, estoy bien seguro que si esa producción desatinada la llevan a nuevos capachos, reclamarán altamente a su autor para ponerlo en el lugar que le corresponde. Lagunas desecadas! campos cultivados! ciudades nacientes! Bambolla, cacareo y nada entre dos platos. Porque no solo no hemos desbreñado los caminos, sino que hemos dejado cerrar los que el antiguo gobierno nos había abierto; no solo no hemos edificado ciudades (porque no tenemos ni calzones), sino que de día en día se van deteriorando las que hay por falta de habitantes, causada por las injustas persecuciones y tiranía de *nuestro sabio y liberal sistema*. Estas son las verdaderas lagunas desecadas, y los campos cultivados que debía ver nuestro autor antes de presentarnos sus estampas risueñas que, según él, solo son resultados del trastorno general: las provincias del Reino dejaron en seguida de mirar a Santa Fe como a su centro, y quedó él dividido en pequeñas satrapías. Brotaron en todas ellas enjambres de tiranos, que sin competencia para gobernar, no hicieron otra cosa que acabar de despedazar el reino. De aquí esas guerras insustanciales y exterminadoras que estamos presenciando; de aquí la extinción de las luces; el abandono de la agricultura y de los caminos; la incomunicación de unas provincias con otras; de aquí finalmente el cúmulo de males que padecemos.

Y querrá todavía Pombo persuadirnos que somos felices, y que la América es libre? Pobres, sin industria, sin opinión, sin directores, entregados a merced de cuatro ambiciosos, nosotros no podemos ser libres, a menos que el serlo consista solo en chacharear en los cafés y tertulias y matar enemigos desde el regazo de Venus. Independientes en la apariencia, aún no hemos llegado a calcular los males terribles que se seguirán a esa libertad insignificante, si la Providencia Divina no nos protege, como ha protegido a Caracas. Sin recursos para sostenerla, sin comercio, sin contacto político con las naciones europeas, indefensos nuestros puertos, sin un hombre que dirija las operaciones militares, sin gente, sin disciplina, y sobre todo, sin dinero, es una quimera el creer que el Nuevo Reino de Granada pueda figurar como soberano, y sostener todo el aparato de una nación independiente; él vendrá a ser, atendida su debilidad y miseria, la presa del primer pirata que se presente en nuestras costas: entonces entregados, como manada de ovejas, al extranjero, sentiremos todo el peso de las cadenas y un sistema bárbaramente colonial se dejará ver entre nosotros con todos sus horrores. Entonces sí conoceremos qué cosa es opresión, entonces veremos cómo son las cadenas y la esclavitud.

A pesar de nuestra impotencia política, aún sigue Pombo escribiendo locuras y mirando todos los objetos al revés: él ve salir del carro mismo de la ignorancia y la barbarie, con que tanto nos ha molido, a nuestros Franklines y Adams, que logrando en dos años una ilustración profunda en la política *han hablado a los pueblos e ilustrádolos*. El hablando de la ilustración política de la Nueva Granada al tiempo de su revolución asegura que *necesitó repeler la fuerza con la fuerza para conseguir su libertad*, habiendo dicho poco antes que a *ningún pueblo se le había presentado ocasión más favorable para conseguirla;* que *este don precioso lo consiguió sin efusión de sangre y sin esos grandes sacudimientos que dejan profundas señales al través de los siglos,* y para que con nada se pueda salvar esta contradicción tan chocante, dice en página 7: *El yugo tan terrible que lo abrumaba (al Reino) casi sin sacudirlo, se ha caído por sí mismo y se ha hecho pedazos.*

Pero nada muestra tan perfectamente el carácter del autor, como el rasgo que inserta en la página 83, hablando del poco número de obstáculos que encontró el Reino para decidirse *independiente*. Mira como una circunstancia favorable para esta independencia el estado lastimoso en que se halla la península y el monarca. Qué alma tan negra! Qué inhumanidad tan feroz! Mientras el español europeo se defiende con tanta valentía contra el usurpador de la Europa; mientras que lleno de heridas y rivalizando al antiguo numantino hace esfuerzos generosos para libertar al mundo todo de un monstruo tan horrible, Pombo no piensa sino en que la abandonemos en el estado más crítico, y que con mano fratricida abramos nuevas heridas sobre las que ha recibido en el campo de la gloria. Descendiente desnaturalizado de estos héroes! Hombre cruel, no dudes que la justa e imparcial posteridad al ver este parto de tu genio detestará tu memoria, y en vista de tanta ingratitud y ferocidad, olvidará seguramente la crueldad de los caribes a quienes has excedido!

La Nueva Granada está ya plenamente convencida que cuatro incendiarios corrompidos que la agitan y que la trastornan sin cesar; que hombres que dan el título de *amigo de la humanidad* al más frenético, al más escandaloso enemigo de ella, es imposible que sean unos verdaderos amantes de su felicidad.

Pero ya paso de los límites de una carta, y aun dejaré en silencio otras mil puerilidades del autorcillo, y solo reflexionaré sobre los puntos más notables.

En la página 47 dice este miserable que *en el Norte no se conocían los tributos, diezmos, etc. y otros arbitrios inventados por una política avara y mezquina.* Ya veo que no puedo menos sino llenarme de furor y de un celo verdaderamente cristiano al escuchar una impiedad tan negra. Nó. No son los diezmos invención de una política avara y mezquina. La solución de los diezmos en cuanto incluye el sustento necesario de los ministros de la Iglesia es de origen divino natural, pues por éste se debe el sustento preciso a quien sirve. Quién militó jamás a sus expensas, dice San Pablo, o quién plantó la viña, que no comió de sus frutos? En esta parte no será el precepto de la ley antigua, antes bien se confirmó por Jesucristo cuando dijo: *dignus est operarius mercede sua*. Los fieles todos

tienen obligación de pagar los diezmos a la Iglesia so pena de pecado mortal, como confiesan todos los doctores y consta del Concilio de Trento: *Qui Decimas aut substrahunt, aut impediunt excomunicentur nec de hoc crimine, nisi plena restitutione secuta absolvantur.*

No llame, pues, mezquino el autorcillo a un precepto tan recomendable por su origen; no escandalice con opiniones absurdas a un pueblo virtuoso e inocente; no quiera corromper nuestras costumbres. Pero qué otras producciones se pueden esperar del eterno elogiador de las almas más irreligiosas e impías de esos filósofos de quienes dice Duclos que "sin sus excesos ellos jamás hubieran sido conocidos; semejantes a aquellos infelices que condenados a padecer en la obscuridad sus nombres, no llegaron a los oídos del público, sino por el delito y el suplicio".

"Es cosa bien singular, decía el Abate Arnaud, que de la república de las letras salgan hoy las más funestas producciones a la tranquilidad del Estado. Casi todos nuestros escritores quieren darnos leyes y faltan desvergonzadamente al respeto debido a la santidad de las que tenemos establecidas... Ya se han conocido los arbitrios de que se valen estos orgullosos y pequeños filósofos para atraerse la estimación pública. Ellos están ya cubiertos de la humillación y del desprecio a que habían querido entregar lo que tenemos de más santo y de más respetable sobre la tierra". Vea, pues, el señor Pombo, el concepto que hombres de probidad y sabiduría han hecho de esos filósofos a quienes tánto elogia; de esos escritores atrevidos que desencadenados contra el trono y el altar, acometen contra el uno y contra el otro, y quieren despedazar de un solo golpe el incensario y el cetro. Que quieren vivir independientes del cielo y de la tierra. Infieles en sus hechos sofistas, en sus razonamientos temerarios, en sus reflexiones; siempre inconsecuentes y perjudiciales, ellos emplean la mentira, los sarcasmos más amargos, y las truhanerías más groseras contra una religión cuya divinidad está perfectamente demostrada.

En efecto, mi amigo, no hay cosa más perjudicial que la lectura de estos impíos que con los nombres más augustos de *bienhechores del género humano*, los oirás tratar de *preocupaciones* la decencia y el pudor; lisonjear y favorecer todas las pasiones; alabar el lujo, insultar a los reyes, a sus ministros, a los magistrados; declamar contra el Gobierno; y proponer a las naciones la abolición total del culto y de las leyes; exhortar a todos los pueblos de la tierra a la sublevación y al parricidio.

Pero sigamos a nuestro autor que ya quiere aplicar a la Nueva Granada los principios del sistema federativo del Norte. El pondera la felicidad con que se resolvió el Reino, y dice a la página 96: "Nuestros padres que descubrieron, conquistaron y poblaron estas bellas regiones, no quisieron fundar para su posteridad un patrimonio de esclavitud y de ignominia". Por último el fanático declamador contra la Conquista, este hombre *libre por principios*, se llama *hijo de los conquistadores*, reclama los derechos sobre las tierras, de donde *monarcas inocentes fueron arrojados*, y sobre las que se representaron aquellas *escenas de terror y de sangre* que tanto ha clamoreado? Qué hombre tan inconsecuente y ridículo! Si la conquista de América ha sido una *usurpación;* si los conquistadores fue-

ron los instrumentos o más bien los mismos *usurpadores*, qué derecho pueden tener sus hijos a estas posesiones *usurpadas?* El indio, ese indio abyecto y degradado de quien Pombo no se acuerda en la repartición de esta soñada herencia, ese sería en el caso el único que tendría derecho para reclamarla. Pero él está persuadido de la legitimidad del soberano a quien ha obedecido y jamás ha salido de su boca una sola palabra de despecho. El jamás ha ansiado esa *libertad* que propone Pombo, y contento con su suerte, él no quiere mudar de amos. El ha visto en el espacio de dos años que el fruto de una independencia efímera y de nombre ha sido para él una nueva carga que jamás había sentido. El ve que los fomentadores de estos trastornos predicando ideas de *igualdad y de justicia* lo han mirado como a un bruto, y que con la mayor inhumanidad los han puesto en las primeras filas, para enfriar las balas en los diversos ataques que se han hecho en sus guerras de ambición. Ellos bien conocen y conocemos todos que esos *tres siglos* manoseados de *opresión* han hecho gemir menos a los pueblos que estos dos años de libertad. Porque en efecto, yo no sé cuál ha sido esa *opresión;* yo no sé cuáles han sido las *cadenas* ni el *yugo* que la España había puesto sobre nosotros. Si dijera el autor que el manejo de los holandeses con sus colonias había sido opresor y tirano; si dijera que los franceses en el Guarico fueron unos verdugos inhumanos, y que con su *filosofía y sensibilidad* trataban a los hombres como manadas de animales. Si él aplicara la pintura lastimosa que hace de las colonias españolas a las posesiones que en la América tienen los *sabios extranjeros*, él hubiera logrado que las almas *sensibles y tiernas* derramaran lágrimas sobre estas víctimas inocentes.

Pero querer este hombre hacerles creer a sus contemporáneos todas las calumnias con que hiere a la nación española! *No:* desengáñese el autor y sepa que si una vez con engaños, con mentiras ridículas y con las más negras imposturas lograron sorprender el ánimo de este pueblo pacífico, ya todos conocemos la felonía de sus miras y qué fines particulares y no el deseo del bien público produjeron el trastorno cuyos resultados estamos llorando.

No intente persuadirnos que somos felices, cuando rodeados de los cadáveres de nuestros padres y de nuestros más tiernos amigos, mezclamos nuestras lágrimas con la sangre que derramó el orgullo y la ambición intolerables de nuestros crueles opresores. Espectáculo triste! Escena terrible, que hará época en los fastos de la tiranía.

Tendrá aún valor Pombo para decir que el *antiguo gobierno estaba fundado en el trastorno, y en la confusión de los derechos del hombre,* para llamarlo *árbitro y ciego?* Para llamar *confusión de los derechos del hombre* la tranquilidad de que gozaba, el respeto a sus propiedades y a su persona, la recta administración de justicia? Si alguna vez los derechos del hombre se han violado, si se ha atentado contra su seguridad y si los pactos sociales se han hollado completamente, es ahora en el tiempo de la *libertad* o más bien del libertinaje. Lo que más debe llamar tu atención en medio de tántas patrañas, es la satisfacción con que asegura que el *gobierno español ponía todo su estudio en embrutecernos.* Yo te confieso que jamás había oído mentira más solemne. Entre nosotros el

que no ha aprendido, no debe ser al gobierno sino a su propia indolencia al que debe culpar. Don Bernardo Fernández del Anillo, cuyos conocimientos en las ciencias exactas lo ponen al nivel de los primeros sabios de la Europa; este hombre profundo en el cálculo, cuyas fórmulas algebraicas honrarán siempre a la nación española; este sabio vive ignorado entre nosotros. El empezó por orden real a dar lecciones en su facultad: todo el mundo sabe la escrupulosidad con que trató de desempeñar este cargo, hasta que viéndose sin discípulos se retiró a su casa. En el día él no goza sueldo alguno, y nuestro gobierno con ser tan *amigo de las luces*, no se digna arrojar una mirada sobre este anciano respetable por sus virtudes y sus letras.

No fue este solo el medio de que se valió el gobierno español para *embrutecernos*. El levantó un Observatorio astronómico surtido de excelentes instrumentos, que aunque no sea comparable al de Greenwich, por lo menos no cede a los medianos de Europa. La Expedición Botánica, puesta al cuidado del incomparable Mutis, y cuyos trabajos merecieron un brillante elogio de Líneo; las clases de medicina, derecho, teología, humanidades, serían sin duda otros tantos canales por donde se nos comunicaba el embrutecimiento, pues los vemos arruinados enteramente. Una sabia determinación del Colegio Electoral suprimió la Expedición Botánica, y en la Junta del 20 de Julio se pidió por nuestros Adams y Franklins que se demoliera el Observatorio con la misma energía con que el Califa Omar mandaba incendiar la magnífica Biblioteca de Alejandría.

Mas oigamos al Autor que después de pintarnos al Americano devorado por el deseo de ser libre, y las circunstancias lastimosas en que se hallaba la península, nos presenta al Reino independiente. *La América saliendo del abismo de la servidumbre, ejerciendo su soberanía, y dándose una constitución! Qué espectáculo tan bello!* Así exclama Pombito y te aseguro que al momento que leí este rasgo, me figuré ver a un chiquillo que después de haber compuesto un altarito de chochos, barro y caracoles, se aparta cuatro pasos de su obra, y mirándola con atención grita enajenado: "Papá, qué pesebrito tan bello!". Pero no comparemos a *nayde con nayde*, como decía cierto pollo, y en lugar de comparaciones oye el valiente apóstrofe de Pombo: *Sombras de Robertson. de Raynal, levantaos del sepulcro y venid a participar con nosotros de este espectáculo de gloria*. No ves qué bello apostrofador es Pombito? Qué par de camaradas los que convida! Pero ellos son dignos del festejo que se les esperaba si hubieran venido; ellos hubieran visto una farsa ridícula con el nombre de Junta Suprema, compuesta de aquellos que tuvieron bastante impudencia para hacerse Vocales; hubieran visto al pueblo que sin opinión y sin ideas victoreaba a este grupo de hombres ineptos.

En efecto, la historia de los desaciertos y de los atentados más grandes en política, que puede llamarse la negra historia del gobierno de la primera Junta, compuesta por la mayor parte de hombres ambiciosos y devorados de la codicia, no era a la decantada felicidad del Reino sino a sus propios intereses a donde se dirigían todas sus miras. Decretos acordados por toda la Junta se vieron mil veces revocar por dos o tres vocales, al mismo tiempo que despachaban órdenes emanadas de la voluntad

del más atrevido, sin la noticia siquiera de sus concolegas: odios envejecidos, torpes venganzas se saciaron a un placer. Cuántos inocentes sin más delito que haber nacido más allá de los mares fueron arrastrados a los calabozos y cargados de cadenas! Una honradez a toda prueba no puso al Jefe del Reino a cubierto contra los insultos de estos jacobinos corrompidos: cubierto de canas y de virtudes, con un vestido humilde y con un semblante en que se veían la inocencia y el candor, el infeliz Amar fue sepultado en una prisión horrible; y aquella frente, que se vió ceñida de laureles en San Sebastián y Fuenterrabia, se encontró herida por un despreciable zapatero. No fue menos lastimosa la suerte de su respetable esposa, entregada a la merced de un populacho amotinado y puesto en fermentación a base de imposturas: ella sufrió cuantos insultos es capaz de irrogar una plebe soez e ignorante. Este es el bello *espectáculo* que ofreció el Reino al tiempo que conquistó su *libertad*.

Mas estas primeras desgracias no eran sino los primeros....." (1).

---

(1) Biblioteca Nacional, Fondo Pineda, Copias y Manuscritos originales de 1707 a 1800, N. 4946. (Actualmente en la Bóveda, con el N. 184), p. 16-23.